

válido para el estudio todo el material recogido, además de un rigor exquisito en la dirección y práctica de las encuestas y un adiestramiento en común de los colaboradores. Pero, muy especialmente, vieron la urgente exigencia de una preparación fonética. En ese viaje se fraguó la dedicación de Tomás Navarro a la ciencia fonética, en la que, en poco tiempo, habría de ser la autoridad indiscutible. Durante los años 1912 y 1913, Tomás Navarro recorrió los laboratorios de fonética más destacados en Europa. Navarro, un joven filólogo de 28 años, ya con algunas publicaciones a la espalda (ediciones de Santa Teresa, de Garcilaso, el Catálogo de los documentos de la sección de Clero, del Archivo Histórico Nacional, **El perfecto de los verbos en —ar en aragonés antiguo...**), aprende fonética con Grammont y Millardet en Montpellier, con Viëtor y Wrede en Marburgo, con Sievers en Leipzig, con Panconcelli Calzia en Hamburgo. Aún alcanzó el laboratorio Rousselot en París, y pudo conocer la organización que Gauchat y Jud tenían en Zurich para la marcha del **Glossaire des patois de la Suisse romande**. Y no fue sólo la ciencia fonética lo que Tomás Navarro acomodó a la investigación española en aquellos días. En su estancia en esos países se familiarizó con las revistas más destacadas de la especialidad, la **Revue de dialectologie romane**, la **Zeitschrift für romanische Philologie**. Del estudio de estas revistas, una vez vuelto a España Tomás Navarro, en 1914, muy poco antes de la Primera Guerra Mundial, se benefició extraordinariamente la **Revista de Filología Española**. Le oí decir a Navarro muchas veces que, una vez puesta en marcha la revista, la primera suscripción que llegó a la redacción fue la de Miguel de Unamuno. En torno a esa revista se fueron aglutinando las sucesivas generaciones que se incorporaron al Centro y sirvió de ejemplo a las demás secciones de la organización (arte, historia del Derecho, más tarde las lenguas clásicas). El primer núcleo de investigadores podía estar satisfecho de su labor. Para todos los que fueron llegando, Tomás Navarro fue maestro y guía.

Fruto principal de la dedicación de Navarro a la fonética fue su **Manual de pronunciación española**, cuya primera aparición data de 1918. Desde entonces, ese libro se ha venido reeditando o reimprimiendo copiosamente, y así sigue, a partir de la cuarta edición, la de 1932. Desde 1950 viene acompañado de un suplemento en el que Navarro recogió lo que la sucesiva y más joven investigación iba poniendo en claro, especialmente la dialectal. Ese libro se convirtió rápidamente en el libro de cabecera de toda persona dedicada, por oficio o por devoción, al estudio de la lengua española. Fue traducido a varias lenguas, y la enseñanza de la lengua española cambió de signo, elevó su nivel científico y se orientó de modo uniforme y claro en todas partes, sin descuidar las variedades regionales, locales o de nivel social.